



De la historia al mito: mentalidad y culto en el Santuario de Otatitlán*

RESEÑADO POR MARÍA TERESA RODRÍGUEZ**

Hacia finales del siglo XVI arribaron a la Villa Rica de la Veracruz, procedentes de Santander, España, tres esculturas de Cristo, talladas en madera y de tamaño natural, hechas en Inglaterra a petición de Felipe II. Una de aquellas imágenes se trasladó a lo que hoy es el Santuario de Chalma, otra a Esquipulas, Guatemala y la tercera es la que actualmente se localiza en Otatitlán, localidad veracruzana ubicada en el espacio ribereño del Papaloapan.

Al amanecer del 28 de abril de 1596 la escultura fue llevada por los cauces fluviales y atravesó los pueblos de Cosamaloapan y Tlacoatlpan, llegando hasta Puactlancingo, pueblo mazateco donde este Cristo de tonalidad oscura se convirtió rápidamente en objeto de adoración. Permaneció allí hasta el año siguiente cuando, a causa de una epidemia, los lugareños decidieron trasladarse río abajo y asentarse en Otatitlán. Es ésta una de las explicaciones que circulan en relación con el origen del Cristo Negro de Otatitlán y que consigna José Velasco Toro. El autor señala que hoy día muchos de los peregrinos desconocen las versiones en

torno a la llegada de la imagen a este lugar, pero que todos coinciden en que “la santa imagen” llegó por agua y en la idea de su poder extrahumano. De cualquier forma, con base en documentos coloniales, Velasco Toro apunta que ya en la segunda mitad del siglo XVII Otatitlán era un importante santuario regional y reunía en su cofradía a pueblos mazatecos, chinantecos, zapotecos y cuicatecos.

Año con año, entre el 23 de abril y el 3 de mayo, llegan a este lugar miles de peregrinos y visitantes para venerar a la imagen, realizar peticiones y buscar consuelo espiritual. No obstante que anualmente se celebra a esta figura en tres fechas específicas del calendario católico, el autor se interesa especialmente en observar la festividad realizada durante los días cercanos a la conmemoración de la Santa Cruz. Es entonces cuando el pueblo recibe peregrinos de allende las fronteras locales, predominando la afluencia de población indígena de los estados de Veracruz, Puebla y Oaxaca. De este modo, hablantes de distintas lenguas, procedentes de planicies, costas y montañas de las

cuenas alta y baja del Papaloapan, otorgan cuerpo y movilidad a lo que el autor denomina una *región devocional*, en donde se articula un espacio que mantiene a lo largo del tiempo una relación estrecha entre la montaña y las riveras del “río de las mariposas”.

De ahí que el autor interprete el santuario del Cristo Negro como el centro de un ámbito espacial cuya dimensión varía, un centro numinoso y sagrado que une a individuos devotos que se desplazan desde sus lugares de origen y permite el tejido de un complejo entramado de relaciones pluriculturales, pluriétnicas y sociales identificadas por un sentimiento mediador: la fe en el Señor de Otatitlán.

En medio de la diversidad y pluralidad que se genera en torno a dicha imagen en ocasión de estas fiestas, el autor distingue un rasgo de identidad: la devoción que promueve valores y códigos éticos compartidos y la construcción de límites que se sitúan en el espectro de las fronteras étnicas y sociales. De manera que el santuario funciona como centro del cual irradia la fe, como estructura de mediación y engrane que permite el juego del contexto espacial con lo social y lo simbólico. La pluralidad que se instaura en este espacio no es ajena a los conflictos entre actores sociales, pero ello no obsta para que posibilite la mediación entre lo diverso. Desde esta perspectiva, Velasco Toro define el culto al Cristo Negro de Otatitlán como un componente de mediación fundamental que articula una tradición histórica y un sentimiento de regionalidad devocional, característica de todo santuario: aglutina individuos, grupos, instituciones y localidades en una *constelación*

* Velasco Toro, José, *De la historia al mito: mentalidad y culto en el Santuario de Otatitlán*, Instituto Veracruzano de Cultura, Veracruz, 2000.

** Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Golfo y estudiante del doctorado en Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

devocional. Llanuras, montañas y litorales conforman una superficie heterogénea, una urdimbre que comunica y converge hacia el santuario, lugar central donde confluyen personas de diferentes sustratos sociales y culturales.

Con base en su investigación etnográfica, Velasco Toro identifica los lugares de origen de los peregrinos. En dicha identificación, según la representación gráfica, pareciera como si el santuario irradiara un influjo hacia los cuatro puntos cardinales, donde serranías y litorales de la cuenca del Papaloapan son destino y punto de partida de peregrinos de orígenes y lenguas distintas. El santuario como receptáculo de poder los identifica y une por un fragmento espacial y temporal, tejiendo una red que enlaza y comunica lugares y pueblos y posibilita la construcción de un territorio, si bien de fronteras discontinuas.

Al observar los puntos de referencia, el autor destaca ciertos rasgos de importancia, ligados a la estructura etnohistórica del ámbito de influencia del santuario:

- Los peregrinos proceden de espacios que en el periodo prehispánico estuvieron articulados a la región de Tuxtepec y por lo tanto a Otatitlán.
- El área de influencia corresponde a la cuenca del Papaloapan y a lo que fue la jurisdicción colonial del obispado de Oaxaca.
- Los flujos de peregrinos parecen más intensos en el eje del solsticio.
- El ámbito espiritual comprende especialmente espacios rurales e indígenas localizados al este, oeste y sur de Otatitlán.

En el plano espiritual interactúan pues, individuos y grupos pertenecientes a distintos contex-

tos y referentes étnicos, quienes materializan conexiones que unen su microcosmos con el macrocosmos que representa la idea de la divinidad. De ahí que el autor se esfuerce por explicar dicha dinámica desde la aplicación del concepto de *región devocional*; dentro de ésta, es la identidad en torno a la devoción lo que da forma a los límites de la otredad, límites que se mantienen en equilibrio sólo dentro de la intermediación de lo simbólico. De modo que, en este caso, lo regional implica dimensiones que se recortan y se superponen, dinámicas que relacionan el espacio con estructuras externas de intercambio y a la vez permiten su identificación interna. Desde la perspectiva planteada por el autor, el lenguaje simbólico compartido proporciona el equilibrio a la escala de valores de los grupos sociales y los individuos participantes en la visita a la imagen del Cristo Negro.

A partir de la relación de los pueblos que desde tiempo atrás y hasta el presente conservan la tradición de peregrinar año con año a Otatitlán, Velasco sugiere la posible conexión cósmica del santuario con la división étnica y espacial, anotando por ejemplo que, en la visión de los mazatecos, Otatitlán se relaciona con el oriente, donde nacen el sol, la luz y los hombres de conocimiento. Desde su punto de vista, lo numinoso del catolicismo popular se entretiene con la realidad pretérita y reactualiza el espacio espiritual.

Velasco Toro recurre al análisis simbólico de su información etnográfica vinculada con el viaje de los peregrinos hasta el santuario y establece que la peregrinación es una *cadena de rituales*. Se refiere a su ingreso en el tiempo sagrado desde antes de la partida, a la identificación de los lugares sacros a lo largo del trayecto y a los rituales de purificación que conforman el conjunto de esta experiencia religiosa, propo-

niendo una interpretación de la organización simbólica del espacio y los elementos rituales. Relata que en la víspera del inicio del viaje rumbo al santuario, los peregrinos —aún en sus lugares de origen— solicitan la protección de los santos y realizan ofrendas asegurando así la buenaventura durante el trayecto. Los mazatecos, chinantecos y cuicatecos son auxiliados por un curandero en esta preparación para el *viaje sagrado*. Los peregrinos, en muchos casos, son también mensajeros, transmisores de las peticiones de quienes por motivos de enfermedad o de otra índole no pueden trasladarse hasta los pies del Cristo Negro.

No obstante, el autor apunta que si bien el tránsito desde el lugar de origen hasta el santuario constituye un espacio y tiempo de carácter liminal, es en el momento de la llegada a Otatitlán cuando se ingresa al umbral de lo sagrado. Antes de comparecer frente la figura del Cristo deben cumplirse determinados rituales de purificación en siete puntos específicos del poblado. En el complejo devocional en torno a la milagrosa imagen, el arte mágico hace acto de presencia: se genera una mezcla de religión y evocación mágica que Velasco juzga complicado discernir; se recurre a sortilegios, ofrendas de diversos tipos, ruegos, cantos, cartas, prendas de vestir y una variedad de objetos que integran en conjunto la parafernalia ritual, en la que magia y religión se sintetizan.

Una de las preocupaciones que el investigador expresa a lo largo del texto se refiere a la necesidad de desarrollar una perspectiva idónea para el acercamiento al estudio de la mentalidad religiosa. Propone ampliar la visión del historiador y conseguir lo que llama un diálogo entre las ciencias del hombre para explicar continuidades y discontinuidades, flujos y resistencias, y

acceder a un *corpus* metodológico y conceptual que facilite el acercamiento a las diversas mentalidades religiosas. De este modo afirma, siguiendo a Darnton, que la historia y la antropología están destinadas a converger. Así, combina en su investigación procedimientos metodológicos procedentes de la historia —como la revisión de fuentes documentales y la historia oral— y de la etnografía —a través de la realización de entrevistas y observación participante—, así como la consulta de los datos disponibles en relación con los vestigios arqueológicos procedentes del área. En todo ello, señala, el referente oral ha sido el hilo conductor para “humanizar la historia” y aprehenderla desde la mirada antropológica.

De ahí que el texto presente una visión diacrónica del fenómeno del culto al Cristo Negro de Otatitlán, aludiendo al pasado prehispánico, al orden colonial en el cual aparece en escena la imagen y surge el culto y a la concepción novohispana y, además, incorpore la dimensión sincrónica en su propuesta del concepto de *región devocional* y aporte datos para comprender los elementos que dan sustento y permanencia a este culto entre los habitantes de tan vasta área de la cuenca del Papaloapan.

Desde este plano, en el texto integrado por seis capítulos se analizan:

- El paradigma histórico y mítico en torno al cual emergió y se conformó el culto al Señor del Santuario de Otatitlán
- La conformación espacial del ámbito devocional
- El *habitus* religioso en la mentalidad colectiva
- La presencia y dinamismo de los resultados sincréticos de la influencia recíproca de la religiosidad popular y la teología cristiana.

Las indagaciones del autor nos remiten hasta el siglo XV cuando Otatitlán, por su relevancia comercial, era lugar de culto a Yacatecuhtli, deidad de los pochteca. A partir de una revisión de fuentes etnohistóricas, relaciona este culto con el surgimiento de la teofanía del Cristo Negro y la fundación del mito que generó esta expresión religiosa colectiva. En el siglo XVI, la diversidad étnica era ya una característica del lugar, donde convivían popolucas, mazatecos, nahuas y mixtecos. La imagen sintetizó el complejo de creencias de la religión prehispánica y del cristianismo occidental que, en el transcurso de la Colonia, fue adquiriendo un matiz propio y dio origen al lugar como santuario, como espacio hierofánico, centro de atracción de una gran cantidad de peregrinos.

Se analiza pues la relación entre Yacatecuhtli y la imagen de Cristo y la fusión de la figura del Sol con el dios cristiano. Se propone, además, una explicación acerca del establecimiento de Otatitlán como lugar primigenio de la aparición: Puctlancingo y Otatitlán fueron importantes centros ceremoniales dedicados a Yacatecuhtli, patrono de los mercaderes. El autor apunta que probablemente desde la visita de Motolinía al Papaloapan, en 1539, se vislumbró la selección de Otatitlán como santuario de un ámbito regional que abarcara el norte de Oaxaca y el oriente de Veracruz, área correspondiente al obispado de Oaxaca y articulada a través de redes comerciales.

Al implantarse el culto del Cristo, se produjo una fusión de atributos de ambas deidades y cosmovisiones, vinculados con la fecundidad, la abundancia, la salud y la seguridad. En este proceso, se reinterpretó el significado simbólico de la nueva imagen y su espacio sagrado para convertirlo en santuario cristiano, pero los elementos abstractos

del culto a Yacatecuhtli no se disolvieron del todo. El autor piensa que se integraron elementos simbólicos y de prácticas culturales relacionadas con los aspectos inmediatos en la vida de los fieles, dando lugar a una cosmovisión que entrelaza diversas asociaciones: Cristo-Sol, árbol-cruz, vida-muerte, lluvia-fertilidad, agricultura-producción.

De este modo, se ofrece una explicación acerca de las condiciones que resultaron en el establecimiento del santuario como espacio de configuración mágico-religiosa. Desde antes de la colonización era ya un centro religioso de importancia, con influencia regional y convergencia étnica, además de su posición estratégica como punto de confluencia mercantil entre el territorio popoluca y la población mazateca, chinanteca, mixe y zapoteca. Las condiciones de navegabilidad del río Papaloapan, que llegaba hasta el poblado de Otatitlán, hicieron de éste un sitio de transbordo y de mercadeo, especialmente en las celebraciones del mes de mayo, cuando se combinaba la festividad religiosa con la feria mercantil. Estas y otras características hicieron coincidir el interés económico con la función evangelizadora, articulando el pasado con el presente a través del mito y de la fuerza milagrosa del Cristo Negro.



En la reflexión en torno a las dificultades teóricas y metodológicas para construir la idea de región a partir de la identidad y mentalidad devocional, se plantea que el espacio de influencia devocional va más allá de la región geográfica y se refiere a fronteras discontinuas. Es la historia vivida la que da sentido y coherencia a la dinámica espacial y movilidad a las fronteras, idea esencialmente multidimensional, cuyo significado está en relación con las circunstancias de tiempo y lugar de las historias locales, de una serie de diferenciaciones yuxtapuestas y complementarias. Según el autor, los eslabones de unión que permiten la concreción de un centro espiritual con el ámbito regional devocional aluden a la fe como sentimiento de adhesión, a la dinámica mediante la cual se transmite y reproduce la creencia y al acto de peregrinar como contacto directo de los espacios locales con el lugar sagrado.

Para terminar, Velasco Toro ilustra con ejemplos el tipo de plegarias y ritos que realizan los distintos grupos de creyentes, los votos

y evocaciones mágicas, ruegos y sacrificios corporales que forman parte del lenguaje ritualizado que relaciona a los peregrinos con lo sagrado. Asimismo, nos acerca a las motivaciones personales y las penurias de los devotos de diferentes situaciones sociales y grupos de edad, a través de una muestra de testimonios donde aquellos piden por su bienestar, su salud, sus problemas amorosos, la resolución de conflictos y hasta la consecución de bienes materiales, como se presenta en un testimonio que se transcribe textualmente en la página 153 y que a continuación se incluye:

Ayúdame a que mi café que sembré en el Rancho pegue y crezca y se coseche (...) y todas las frutas y nopales, arvoles y pasto y milpas y animales y casa y poso de agua y la tierra bendicelas por favor, Señor.

Los actos del lenguaje, dice el autor, son inseparables del ritual y en algunos casos palabra e imagen forman una unidad. La ofrenda, el voto o exvoto, son parte del lenguaje que posibilita la relación mediadora

entre el individuo y la imagen del Cristo Negro.

En este libro se combinan reflexiones teóricas en torno a conceptos fundamentales para la historia y la antropología de la religión, relatos etnográficos, testimonios orales, interpretación de fuentes históricas y análisis simbólico de los datos presentados. En todo ello, la intención central es explicar la diversidad de elementos que han dado lugar al establecimiento y permanencia del Santuario de Otatitlán como centro de convergencia, como sitio que promueve la constelación de distintos pueblos y que se ha reproducido y recreado a lo largo de cinco siglos, en lo que el autor denomina *región devocional* en torno al Cristo Negro de Otatitlán.

Este libro, en síntesis, constituye un trabajo de interés tanto desde el punto de vista de la información que aporta acerca del santuario, considerado uno de los más importantes de México, como por el esfuerzo de combinar en la investigación y en el análisis elementos de la disciplina histórica, de la etnografía y de la antropología simbólica.